

Muerte y resurrección de la Misión

Y llegamos a un tema clave, uno de los puntos más sensibles para las Iglesias cristianas en cuanto a las consecuencias que pueda tener la nueva teología de las religiones o teología del pluralismo religioso: la misión. Que la misión no sufra, que no pierda nada de su valor, de su urgencia, de sus motivos... sería la primera exigencia que las instituciones cristianas pondrían a esta nueva teología...

Con el presupuesto de todo lo que hemos venido diciendo a lo largo de los capítulos anteriores, estamos en condiciones de adentrarnos en este delicado tema, que cae también dentro ya del campo de las conclusiones operativas («actuar») de nuestro curso.

I. Para desarrollar el tema

A. Distinguir la «gran misión» y la «misión misionera»

La palabra «misión» tiene, entre otros, dos grandes sentidos. Uno es el de «tarea, quehacer, cometido». El otro es el sentido de «envío, ida, traslado para realizar en otro lugar una tarea que ha sido encomendada».

En los últimos siglos la palabra «misión» se ha referido al envío de «misioneros» a las fronteras de la Iglesia para predicar el Evangelio a los no creyentes de cara a conseguir su conversión y su incorporación a la Iglesia. En sentido técnico, la palabra aparece sobre todo a partir de la expansión europea¹. Con ese significado estamos ante la misión misionera, o misional, que se realiza en «las misiones» de las Iglesias, a cargo de los misioneros.

En los últimos decenios, además de ese sentido, se ha recuperado el significado de la misión referida a la Iglesia como conjunto: la misión de la Iglesia, o sea, su tarea, su quehacer, el objetivo hacia el que debe apuntar su ser y su actuar. Esta misión no es la «misionera o misional», sino la «gran misión de la Iglesia», la «misión global», la «misión cristiana» en sí

¹ SUESS, P., *Evangelizar a partir dos projetos históricos dos outros*, Paulus, São Paulo 1995, 103.

misma, la que la Iglesia debe llevar a cabo tanto en las misiones como en el cuerpo mismo de la Iglesia, en todas partes, todos los cristianos y cristianas.

En este capítulo hablamos de la misión en el sentido concreto de la misión misionera, o misional, llamada también técnicamente misión *ad gentes* (o sea, hacia los «gentiles», hacia los no cristianos). No obstante, esta misión misionera no puede desligarse de la forma como la Iglesia conciba la misión global. Por eso necesitamos referirnos, en primer lugar, a las formas de concebir la misión global de la Iglesia.

B. La Gran Misión de la Iglesia: diversas lecturas

Qué sea una religión, podemos deducirlo de cómo entiende su misión, su quehacer, su objetivo. A las religiones les podemos decir: «dime qué pretendes, y te diré quién eres». El corazón de una religión es la conciencia y la inteligencia que tiene de su propia misión. En ese sentido, es claro que bajo la misma institución, bajo el nombre de la misma religión, hay muchas religiones distintas. El cristianismo es uno en teoría, pero hay muchos (tipos de) cristianismo. Bajo el mismo nombre se cobijan realizaciones de cristianismo muy distintas, incluso a veces contradictorias².

Tratemos de hacer una clasificación general de cinco grandes tipos de cristianismo, en función de su lectura o interpretación de la (gran) misión cristiana, porque en cada caso, su conceptualización de la «misión misionera» variará concomitantemente. Veamos:

- Hay un *cristianismo doctrinal-teórico*. En él Dios es percibido como la Verdad que ha venido a revelarse, y nuestra respuesta de fe implica sobre todo la aceptación intelectual de las verdades reveladas y depositadas en la Iglesia: lo principal de la misión cristiana es vivir «en la fe de la Iglesia»; no separarse de ella por la herejía o la heterodoxia es la principal preocupación. Para este tipo de cristianismo (muy frecuente en la historia), la misión misionera consiste en transmitir a otros las verdades reveladas, la verdad de la fe. Y lo más importante es «predicar el evangelio» y «llevar a todos los seres humanos al conocimiento de la Verdad».

- *Hay un cristianismo moralista*, que concibe la vida del ser humano sobre la tierra como una prueba moral que Dios nos ha puesto, que se juega entre el pecado y el perdón, y que nos lleva a un final de premio o castigo en función de los méritos o pecados acumulados. En este tipo de cristianismo la misión consiste en superar la prueba moral, ganar la salvación eterna. No hay un quehacer histórico propiamente tal. Este mundo es simplemente una «ocasión para merecer» la salvación. En este tipo de

2 FIERRO, Alfredo, *Teoría de los cristianismos*, Verbo Divino, Estella 1982.

cristianismo (también muy frecuente en la historia) la misión misionera consiste en hacer sabedores a los no cristianos del peligro de su condenación, y predicarles la Ley de Dios para facilitarles su salvación.

- Hay un *cristianismo espiritualista* que pone la salvación en un plano superior separado (meta-físico), mediado sacramentalmente. La salvación es sobre-natural y se juega en la «vida de la gracia»; participamos de ella mediante el culto y la «vida espiritual» (oración, sacramentos de la Iglesia), que se tornan así lo central de la misión cristiana global. En este cristianismo, la misión misionera consiste en ir a los no cristianos para hacerlos partícipes de la vida de la gracia por medio de su incorporación a la Iglesia, en la que podrán recibir sus sacramentos, canales de la gracia.

- Hay un *cristianismo eclesiocéntrico*, en el que la Iglesia cristiana es el medio principal instituido por Dios para comunicar la salvación, de forma que la misión principal de sus miembros es edificarla y darle vitalidad. Por su parte, la misión misionera consiste en implantar la Iglesia entre los pueblos no cristianos y, lógicamente, lograr la conversión de los no cristianos, para incorporarlos a la Iglesia, única posibilidad de salvación para ellos.

- Hay otro tipo de cristianismo que se entiende a sí mismo *desde una interpretación o lectura histórica de la realidad*, concebida como «historia de salvación» y, simultáneamente, como «salvación de la historia». Dios tiene un proyecto de fraternidad sobre la historia, «un sueño» utópico (¡el Reino!), y lo ha propuesto a los humanos como Utopía, encomendándosela como su tarea en la Historia. Ésa es la «gran misión cristiana», y dentro de ella, la «misión misionera» consiste en salir a los demás pueblos para colaborar en la construcción del gran proyecto de Dios, que ellos también están construyendo -con otros nombres y otras mediaciones, sin duda- y que es siempre lo más importante, así como para compartir mutuamente en esa construcción conjunta del proyecto de Dios en la historia.

Se podría así matizar y subdividir los tipos o modelos de cristianismo tan sucintamente expuestos aquí³. Y hay que aclarar que, en la historia real, un cristianismo concreto puede participar de varios modelos simultáneamente; la separación es sólo un procedimiento metodológico para facilitar la comprensión.

En cada uno de esos tipos de cristianismo hemos señalado cómo es entendida la gran misión cristiana, y cómo se entiende también la misión misionera. Como se ve, la segunda está siempre en relación de dependencia de la primera, y es como una parte de aquélla.

3 Está algo más desarrollado en VIGIL, J.M., *¿Cambio de paradigma en la teología de la liberación?*, «Alternativas» 8 (junio 97) 27-46 Managua. Y en RELaT 177

Así pues, ni hay un modelo único de cristianismo, ni hay un modelo de misión. Ha habido en la historia y hay en la actualidad muchos y diferentes modelos tanto de cristianismo como de misión misionera cristiana.

Y de la misma manera que hay modelos de cristianismo (entre éstos que hemos elencado) que hoy aparecen como carentes de fundamento y que deben ser superados, así mismo, la misión misionera que de ellos se deriva debe considerarse también superada y digna de ser abandonada.

Dejando ya la que hemos llamado «gran misión de la Iglesia», ahora nos vamos a referir específicamente a la misión misionera, a la actividad misional que individuos o comunidades realizan en medio de los no cristianos.

C. Revisión crítica de la misión misionera: su práctica histórica y sus fundamentos teóricos

a) Revisión de su práctica histórica

La misión tiene una historia que, analizada críticamente, arroja un balance de muchas sombras y dudas. Antes de hacer un discernimiento sobre la validez de la misión hoy, es conveniente discernir también lo que la misión ha sido en el pasado.

El dato global más contundente que podemos observar cuando miramos la historia de la misión es la violencia ligada al proceso de evangelización.

Efectivamente, el cristianismo es hoy por hoy la religión mundial cuantitativamente más grande: 1800 millones de personas, aproximadamente un 30% de la humanidad. A esa cifra y a esa proporción no se ha podido llegar sino por un esfuerzo de expansión y de evangelización muy grande, en distintas oleadas o ciclos a lo largo de la historia.

Lo que, sin embargo, llama la atención a una mirada crítica, es la enorme cantidad de violencia que ha estado ligada a esa evangelización, desde sus inicios. En primer lugar, ya en el momento en el que el cristianismo se hizo masivo en la sociedad. Ello ocurre en el siglo IV. El cristianismo es reconocido socialmente, primero como religión tolerada (313), luego es impuesta como religión obligada (380), religión de Estado, de un Estado que perseguirá a todas las demás religiones (390). La sociedad del imperio romano, que tenía su propia religión, se hizo cristiana, no por una evangelización libre, paciente y gratuita, sino por la fuerza coercitiva del imperio⁴, con el consentimiento del cristianismo, convertido en su religión oficial.

⁴ Aparte de las ventajas sociales que tenía en aquel momento convertirse al cristianismo como nueva religión del Estado. Cfr. R. VELASCO, *La Iglesia de Jesús*, Verbo Divino, Estella 1992, 118ss

No deja de ser estremecedor pensar que una religión que durante casi sus tres primeros siglos fue perseguida, pasara en unos años a ser perseguidora, lo cual no ocurre sólo en el año 390 con el edicto de Teodosio -que proscribió en el imperio, como delitos de lesa majestad, todos los cultos no cristianos, de cualquier religión que sean-, sino mucho antes, pocas décadas después del 313, concretamente contra los judíos⁵.

Saltando mucho tiempo en la historia, podemos recordar los tiempos en los que estaba en vigor el principio *cujus regio, eius religio*, según el cual el pueblo se veía obligado a seguir a su monarca en la fe que éste adoptara, tiempos de las eternas «guerras de religión», que asolaron Europa debido a la identificación de la ideología religiosa como asunto público y no privado, de forma que el disidente religioso (tal vez simplemente increyente) era automáticamente considerado disidente político, enemigo. El *impase* sofocante de esta organización social de cristiandad hubo de ser superado por la reflexión yusnaturalista de una sociedad que buscaba la liberación del yugo de la influencia poderosa de las instituciones religiosas. Esa liberación hubo de hacerla la sociedad por su cuenta, incomprendida, «en contra de la Iglesia», porque ésta prefería su poder social a la libertad y pureza de una fe gratuita. La falta de lucidez de los evangelizadores (misioneros *ad intra*) los llevó a ser los abanderados de la lucha contra las libertades, contra la ciencia, contra la Ilustración, contra los derechos humanos...

No hagamos mención de los siglos en los que se ha guardado «la pureza de la fe» frente a las herejías o frente a otras confesiones cristianas con la enorme violencia de la Inquisición y sus innumerables víctimas.

Capítulo histórico especialmente relevante de la historia de la misión ha sido el del maridaje entre conquista y evangelización de los siglos XV-XVIII, tiempo de la primera expansión europea hacia África, Asia (iniciada por Portugal) y América (iniciada por España). La gloria inmarcesible de los misioneros proféticos excepcionales, no puede compensar la oprobiosa página histórica de la justificación que la misión, en particular, y las Iglesias en general dieron a la conquista avasalladora⁶, encomendando y sometiendo además la misma Iglesia naciente al Patronato de los Estados conquistadores⁷. Las rememoraciones del pasado Quinto Centenario de

5 «Bajo el emperador Teodosio II se hicieron de tal modo frecuentes los incendios de sinagogas, que la mayoría de los edictos de este emperador tienen como contenido la defensa de las sinagogas y las casas de los judíos». LOHFINK, Gerhard, *¿Necesita Dios la Iglesia?*, San Pablo, Madrid 1999, p. 321.

6 M. LEON PORTILLA, *El reverso de la conquista*, Editorial Joaquín Mortiz, México 1964, 191990, p. 21ss.

7 Globalmente, en muchos aspectos, evangelización y conquista formaron parte de un mismo proyecto histórico. Cfr AZZI, Rioldo, *Método Missionário e Prática de Conversão na Colonização*, en SUESS, P. (org.), *Queimada e sementeira*, Vozes, São Paulo 1988, 89-105.

1992 nos han hecho muy conscientes de un renovado discernimiento de la praxis misional del cristianismo en esta época.

Otro gran capítulo histórico misionero se puso en marcha con el nuevo impulso del colonialismo europeo hacia África⁸ y Asia a partir del siglo XIX⁹. Los misioneros siguieron las rutas y utilizaron los apoyos de las metrópolis colonizadoras, y éstas apoyaron a los misioneros como su fuerza de legitimación moral y de extensión cultural¹⁰; los misioneros hicieron tanto Iglesia como Patria... Desde entonces, la palabra «misión» está mancillada en países cuya evangelización coincidió con la colonización. Según Rützi¹¹, toda la obra misionera moderna está de tal modo envenenada por el hecho de haber tenido origen en vínculos con el colonialismo occidental, que resulta irredimible; hoy día es necesario encontrar una imagen del todo nueva. Hablando en una consulta celebrada en Kuala Lumpur en febrero de 1971, Emerito Nacpil¹² describió la misión como «un símbolo de la universalidad del imperialismo occidental entre las generaciones emergentes del Tercer Mundo. La actual estructura de la misión moderna está muerta. Y lo primero que hay que hacer es recitarle el responso y enterrarla. En el sistema actual, el servicio más misionero que un misionero puede hacer hoy a Asia es marcharse a su casa». También, ya en 1971, el keniano John Gatu propuso ante la Iglesia reformada americana en Milwaukee, una moratoria del compromiso misionero occidental en África¹³.

Estas pocas alusiones a las contradicciones que encierra la historia de la misión misionera activan una vez más en nosotros la «hermenéutica de la sospecha»¹⁴. ¿Puede un árbol bueno, producir frutos malos? ¿Cómo ha podido el espíritu misionero, el celo por la evangelización, producir esta

8 El rey Leopoldo de Bélgica decía en 1861: «El mar baña nuestras costas, el mundo yace a nuestros pies. El vapor y la electricidad han acabado con las distancias. Todas las tierras sin propietario en la superficie del globo, principalmente en África, deben convertirse en el campo de nuestras operaciones y de nuestro éxito». «Verapaz», 59 (junio 2003) 49.

9 En el Congreso de Berlín de 1885 las potencias europeas (Francia, Inglaterra, Bélgica, Portugal, Alemania) se repartieron África en «zonas de influencia». El artículo 6 reconoce la libertad de predicación bajo la protección de las potencias coloniales. El colonizador desea que los misioneros pertenezcan a su propia nacionalidad. Cuando el territorio cambia de manos, los antiguos misioneros son sustituidos por los del nuevo poseedor. Cfr COMBY, Jean, *La Historia de la Iglesia*, Verbo Divino, Estella 61995, p. 152.

10 Véase el texto antológico de esta misma lección, referente a la Cámara de Comercio de El Havre.

11 *Zur Theologie der Mission*, Kaiser Verlag, München 1972.

12 *Whom Does the Missionary Serve and What Does He Do?*, en *Missionary Service in Asia Today*, Chinese Christian Literature Council, Hong Kong 1971, 76-80.

13 Ver estos y otros testimonios en D. BOSCH, *La trasformazione della missione*, Queriniana, Brescia 2000, 715.

14 Véase la lección 5ª de nuestro curso.

historia de violencia y de desaciertos? ¿A qué se debe esta constante histórica en el desarrollo de dos milenios de misión? ¿Se debe a la infidelidad personal o colectiva de los misioneros, o sea, a un «pecado de algunos hijos de la Iglesia» (casos personales individuales), o a un «pecado de la Iglesia misma» (en su doctrina, en su estructura, en su praxis histórica...)?

Guiados por nuestra sospecha hermenéutica, vamos a tratar de buscar elementos teóricos que puedan ser causantes de estos males, que puedan ser raíces maléficas del árbol de la misión evangelizadora.

b) Revisión de sus fundamentos teológicos

En la historia humana, teoría y praxis no se pueden separar. Los hechos no son nunca ciegos, ni la práctica puede dejar de tener elementos teóricos. Por una parte, toda idea, toda teoría, aun las más manifiestamente idealistas, tienen una incidencia práctica, por acción directa, por implicación o por omisión. Las ideas mueven el mundo: lo ponen en marcha, o lo detienen, lo bloquean y paralizan durante siglos, o lo hacen cambiar y lo revolucionan... Como se dice, «no hay nada más práctico que una buena teoría», porque posibilita praxis, la genera, la ilumina, la potencia y se autofecunda con ella. Por otra parte, toda práctica, aun la más «ciega», contiene elementos teóricos, ya sea también directa o indirectamente, por implicación o por omisión.

Detrás de esos veinte siglos de evangelización hay también una historia de las ideas misioneras, aunque, curiosamente, la misiología sólo se desarrolló ya de una forma «científica» en el siglo XX. Pero, de una forma tan real como espontánea, no pudo nunca dejar de haber detrás de cada actitud misionera una «teología» que la causaba o justificaba.

Queremos entrar a señalar críticamente algunas de las grandes ideas teológicas -que serían algo así como los fundamentos teológico-dogmáticos de la misión- que han estado, como ideologías motoras, como justificaciones y legitimaciones mayores, detrás de esa práctica misionera histórica que hemos analizado en el apartado anterior.

• La voluntad salvífica universal de Dios

Evidentemente, la voluntad salvífica universal de Dios no es un error teológico, sino una verdad fundamental; pero lo que sí puede ser un error es la forma concreta en la que, de hecho, ha sido entendida. Porque aquella máxima neotestamentaria «Dios quiere que todos los humanos se salven y lleguen al conocimiento de la verdad» (1 Tm 2,4)¹⁵, era entendida de hecho así: «Dios quiere que todos los humanos se salven y lleguen al

15 Véase el texto antológico de esta misma lección, referente a la «Misa por la evangelización de los pueblos».

conocimiento de nuestra verdad». Porque la Verdad es la nuestra. Y por tanto Dios quiere que nuestra verdad sea predicada, anunciada, difundida, y aceptada por todos. Y quien no la acepta se está oponiendo a la voluntad de Dios, es enemigo de Dios». La universalidad de la voluntad salvadora de Dios fue entendida casi siempre con una universalidad a partir de la peculiaridad occidental y cristiana.

Todavía hoy no tenemos clara la distinción entre la Verdad salvadora y el ropaje cultural judeocristiano occidental en el que tal verdad viene expresada¹⁶. Mucho menos lo ha estado en la historia. Por eso, la convicción de que Dios quiere que todos los humanos lleguen al conocimiento de la Verdad (nuestra) ha sido un arma sumamente peligrosa en manos de Occidente en estos veinte siglos de historia. Una incorrecta inteligencia de esta afirmación sobre la voluntad salvadora universal de Dios, entendida como respaldo incuestionable a nuestra Verdad, ha causado -y sigue causando- grandes daños a la Humanidad. Ha occidentalizado el mundo. Ha avasallado culturas y pueblos en aras del pretendido cumplimiento de esa voluntad divina misionera. Ha homogeneizado el mundo mediante muchas actividades -económicas, comerciales, culturales...- bajo la hegemonía occidental-cristiana.

• **«Somos el nuevo pueblo elegido»**

No nos referimos a lo que esta afirmación pueda tener de contenido metafórico como «teología bíblica», sino a su interpretación como afirmación directa, no simbólica ni metafórica sino literal y absoluta, que es como de hecho ha sido predicada, sentida y entendida históricamente por los cristianos¹⁷.

Ésta es una de las convicciones teóricas que está detrás de esa praxis histórica de misión llena de violencia a que nos acabamos de referir. Es probablemente uno de los elementos teóricos que más daño ha hecho al cristianismo como tal, al fundamentar -sobre todo inconscientemente- la actitud de soberbia y de prepotencia, de desprecio hacia todas las demás religiones, que es achacada mundialmente al cristianismo casi unánimemente.

Aunque aceptando para sí las mismas reconvenções que el AT hace al pueblo judío de que no se crea que es el elegido por sus méritos..., la conciencia de ser «los elegidos» no puede menos que crear una profunda desestabilización de las relaciones de igualdad de los elegidos frente a

16 Y tal vez falta por recorrer todavía mucho camino: «En la Conferencia de Santo Domingo [1992] se evidenció que la aceptación del desafío de la inculturación va a seguir siendo un proceso largo». P. SUESS, *Evangelizar a partir ...*, 111.

17 Ya nos hemos referido a este tema en la lección 9ª.

los no elegidos. El pueblo elegido es el que ha sido preferido por Dios, es el más cercano a Dios, el único depositario de la verdad revelada, el pueblo testigo de Dios para los demás, el que tiene la encomienda de salvar a toda la Humanidad y que, por tanto, está investido de una misión mesiánica, salvadora, *pro mundi beneficio*...

Este aspecto tiene una conexión directa con el aspecto cristológico: las demás religiones han sido fundadas por hombres; la cristiana ha sido fundada por Dios mismo en persona, en la persona de su Hijo... Y este «hilo directo de conexión con Dios mismo a través de Jesús» ha producido con demasiada frecuencia en la historia el cortocircuito explosivo de la apropiación de la «autoridad del Dios Omnipotente» por parte de la autoridad eclesiástica, lo que ha llevado a las aberraciones más llamativas de la historia de la Iglesia¹⁸. No sólo la autoridad eclesiástica; también el pueblo cristiano ha echado mano de esta convicción para invocar a Dios (o a sus mediaciones protectoras: la Virgen del Rosario contra los turcos, la Virgen de las Victorias contra los indios, Santiago «matamoros»...) y pedir su intervención contra los enemigos.

Evidentemente, este bimilenario error ha sido difundido en el pueblo cristiano, y de hecho aún está ahí. Pero afortunadamente hoy está en crisis. Ya hay teólogos que han abandonado la justificación apologética clásica de este principio, y comienzan a postular sencillamente que sea abandonado¹⁹.

• **El mandato misionero de Jesús**

A nivel de especialistas ya hace más de dos siglos que los evangelios comenzaron a ser sometidos a estudios críticos y a ser vistos de otra manera. Pero, de hecho, a nivel popular, hasta hace apenas unas décadas -y en buena parte, todavía hoy en muchos ambientes no cultivados-, el pueblo cristiano como conjunto interpreta los evangelios literalmente. Todo lo que aparecía en el evangelio dicho por Jesús era creído como dicho históricamente por él, por un Jesús que, además, estaría siendo consciente de ser el Hijo eterno de Dios.

Ello permitía un esquema de interpretación de la fe muy lineal, simple y directo: Dios nos ha revelado su voluntad en Jesús, Jesús nos lo dice, y nosotros lo creemos y obedecemos. De nosotros se salta directamente a Dios, que está en Jesús. Es Dios mismo quien nos dice todo lo que el evangelio dice que Jesús dijo.

La misión entraba dentro de este mismo esquema: la misión misionera se fundamentaría en Dios directamente, que, en Jesús, nos la habría

¹⁸ Véanse como ejemplos los textos antológicos del capítulo quinto sobre Alejandro VI y Nicolás V.

¹⁹ Cfr TORRES QUEIRUGA, A., en *El diálogo de religiones en el mundo actual*, en GOMIS (org.), *El Concilio Vaticano III*, Herder-El Ciervo, Barcelona 2001, p. 70.

transmitido con su «mandato misionero», entendido literalmente como una verdad histórica. Sería Jesús (y Dios en él) quien originaría y fundamentaría la misión. Dios mismo le transmitiría toda su autoridad, convirtiéndola en prolongación de su acción salvadora. Por el «mandato misionero» de Jesús, la misión gozaría del mayor respaldo imaginable, sin que hubiera lugar a ninguna duda o limitación.

Este esquema tan simple y tan directamente conectado con lo divino ha servido como fundamento de la misión durante generaciones, transmitiendo una seguridad y una absolutividad incomparables, con los problemas concomitantes que acabamos de aludir en los dos elementos teológicos anteriores.

Este planteamiento ha hecho crisis hace tiempo²⁰, y esta crisis está llegando a las bases del pueblo de Dios. Hoy ya no es posible leer el evangelio con aquella ingenuidad acrítica de quien los toma como una crónica histórica o periodística. Hoy ya no es posible irse a las misiones pensando estar cumpliendo un mandato histórico literal de Jesús. Hoy hay un consenso general entre los exégetas de que el final del evangelio de Marcos está influenciado por las preocupaciones e interrogantes de las primeras comunidades cristianas²¹. Y es también un consenso común que la teología (y la espiritualidad) todavía no han asumido verdaderamente el desafío de los resultados de las varias oleadas de estudios histórico-críticos sobre Jesús²².

Pensar simplemente que Dios trajo su revelación al mundo a través de Jesús y que por él encomienda a los cristianos como tarea hasta el final de la historia el convertir el mundo al cristianismo, tiene todas las características de un «gran relato» clásico, capaz de entusiasmar a las almas generosas y de desencadenar gestas heroicas, pero hoy no puede ser aceptado ya por un cristiano de fe formada y crítica, como se supone que ha de ser un misionero²³. Interpretado literalmente, tal como se leyó durante tantos

20 Hoy día «difícilmente habrá un estudioso competente del Nuevo Testamento que esté dispuesto a defender que las cuatro ocurrencias del uso absoluto del 'Yo soy' en el evangelio de Juan, o la mayor parte de los otros usos, puedan ser históricamente atribuidas a Jesús». Cfr. THATCHER, Adrian, *Truly a Person, Truly a God*, SPCK, Londres 1990, 77).

21 TEIXEIRA, F., *Teología de las religiones*, Abya Yala, Quito 2005, pág. 19ss.

22 «En mi opinión, la reflexión cristológica y eclesiológica no se ha confrontado aún con los resultados de estas nuevas investigaciones bíblicas». R. AGUIRRE, *El Jesús histórico a la luz de la exégesis reciente*, en RELaT 306.

23 Pasma ver cómo todavía últimamente se escriben manuales de misiología haciendo un uso directo del «mandato misionero» y de referencias bíblicas tomadas en un sentido netamente literal e histórico, como palabras supuestamente pronunciadas por el Jesús histórico, o en citas bíblicas aisladas de su contexto.

siglos, esto ya no puede ser asumido conscientemente como un fundamento teológico de la misión.

• **La necesidad de la pertenencia a la Iglesia (exclusivismo)**

El tema de la necesidad de la pertenencia a la Iglesia para la salvación es, en palabras técnicas de la teología de las religiones, el tema del «exclusivismo»²⁴, y el lema que mejor lo expresa es el de «*Extra Ecclesiam nulla salus*». Ha dominado el pensamiento eclesiástico hasta hace apenas cincuenta años, con más o menos rigurosidad en unos momentos u otros de la historia: a veces ha sido entendido al pie de la letra y sin excepción²⁵; en otros casos, ya en el siglo XX sobre todo, se mantenía formalmente,²⁶ pero se le introducían interpretaciones que lo suavizaban²⁷.

De ninguna manera cabe pensar que este tremendo error fuera una simple tradición, o la opinión de una corriente particular... sino una doctrina clara, consciente, mantenida, que es tenida como un «bien conocido dogma católico»²⁸ y como «doctrina infalible»²⁹. La Iglesia comprometió oficialmente su autoridad en este punto y podemos decir que esta doctrina de la necesidad de la Iglesia para la salvación de los seres humanos está detrás de la mayor parte de la actividad misionera de los dos milenios de existencia del cristianismo. La mayoría de los misioneros de la historia se han sentido llamados a la misión y han sido sostenidos en sus esfuerzos con frecuencia heroicos, por la convicción de que estaban llevando la salvación a los misionados, ya que sin la pertenencia a la Iglesia no era posible la salvación.

Cáigase bien en la cuenta de que este error no versa sobre un punto lateral, accidental, periférico, sino absolutamente central: el «negocio de la

tomadas como afirmaciones de una verdad absoluta por encima del tiempo y del espacio y fuera de todo condicionamiento histórico-crítico. Véase por ejemplo DE COPPI, Paulo, *Por uma Igreja toda missionária. Breve curso de missiologia*, Paulus, São Paulo 1994, 189 pp.

- 24 Lo hemos tratado ya en lecciones anteriores (6ª y 7ª) y no necesitamos repetirlo aquí.
- 25 El momento cumbre de su inflexibilidad es sin duda el Concilio de Florencia, citado en la lección 3ª.
- 26 Un caso claro es el de la carta del papa al arzobispo Cushing de Boston, de 1949, en relación con la rigidez de interpretación del P. Feeney, que acabó trágicamente excomulgado, fuera de la Iglesia, precisamente por defender que «fuera de la Iglesia no hay salvación».
- 27 Se hablaba de quienes pertenecían a la Iglesia por el «bautismo de deseo», aun reconociendo que se podría tratar de un deseo no explícito ni siquiera consciente...
- 28 Así lo refiere Pío IX, *Quomodo conficiamur moerore*, de 1863. En términos semejantes se refieren a él varios otros papas.
- 29 «...aqueel enunciado infalible que nos enseña que 'fuera de la Iglesia no hay salvación'»: cfr. la citada carta del Santo Oficio al arzobispo de Boston: «*American Ecclesiastical Review*» 127 (1952) 308-315. El original latino puede verse en DS 3866-3872.

salvación de la humanidad», su «salvación eterna». Imaginemos lo que ello significaría en términos de «celo misionero por la salvación de las almas» para los cristianos inflamados por la caridad misionera.

El panorama, por lo demás, no dejaba de ser desolador. A partir de los descubrimientos geográficos, la Iglesia, que pocas décadas antes pensaba que había predicado el evangelio a todo el mundo conocido, se descubre a sí misma como una pequeña parte de la humanidad, en la que la mayor parte de los seres humanos «yacen en las tinieblas y en sombra de muerte» (Sal 106,10) y están encaminados hacia su perdición eterna³⁰... El argumento -la imagen de masas humanas cayendo en el infierno- fue durante siglos el alimento del celo misionero³¹.

El factor «salvación eterna» o su correlato «evitación de la condenación», no cabe duda que no es un «sumando» normal que podamos mezclar con nuestras realidades humanas. Es una realidad tan heterogénea, que cuando la admitimos y la ponemos en relación con las realidades históricas produce un desequilibrio claro. Lo evidencia plásticamente el caso del P. Antonio Vieira, que predica a los negros en Brasil: «Vuestra esclavitud no es una desgracia, sino un gran milagro, porque vuestros padres están en el infierno para toda la eternidad, mientras que vosotros os vais a salvar gracias a la esclavitud»³².

Librar del infierno a un no cristiano es algo de un valor tan enorme -sin duda de un valor tan «infinito» como «eterno» es el infierno- que desequilibra todos los razonamientos humanos: bien se podía dar por buena y milagrosa la esclavitud de los negros -pensaba Vieira- si los salva del infierno.

De modo semejante, bien se puede conquistar tierras habitadas por otros pueblos, y «reducirlos» a la fe católica, si con esto se les concede el bien infinitamente mayor de su salvación eterna³³. También por ello se puede bautizar por miles a los paganos, prácticamente sin preparación ni sin conciencia suficiente³⁴. Si la Iglesia es el medio privilegiado y único

30 «No cae ni una sola gota da gracia sobre los paganos», afirmaba el jansenista Saint-Cyran, en una suerte de entusiasmo y de horror sagrado. Cfr. SANTOS, Angel, *Teología sistemática de la misión*, Verbo Divino, Estella 1991, 255.

31 También lo era del «celo apostólico» para la misión *ad intra*.

32 VIEIRA, Antônio, *Sermão décimo quarto (1633)*, in *Sermões*, vol. 4, tomo 11, nº 6, ed. Ello & Irmão, Porto 1959, p. 301.

33 Véase la cita de la Bula *Inter Coetera*, de Alejandro VI a los Reyes Católicos de España, de 4 de mayo de 1493 (*Bullarium Romanum* V, 36ss), recogida en el segundo de los «textos antológicos» de este mismo capítulo.

para la salvación eterna, se introduce la posibilidad de todos los argumentos desequilibrados imaginables.

Siempre que se ha dudado de que la Iglesia fuera necesaria para la salvación, ha entrado en crisis la identidad de la misión. «Si se pueden salvar sin la misión, ¿para qué sirve la misión?», ha sido un estribillo recurrente en la historia hasta los días mismos del Concilio Vaticano II, hace 40 años nada más. Ello se debe a que la mayor proporción de la actividad misionera del cristianismo se ha fundamentado sobre el error del exclusivismo. Afortunadamente este error ha sido ya desmantelado en el cristianismo, tanto católico como protestante.

• *La visión negativa del pluralismo religioso*

Este ha sido otro gran error que ha estado a la base de la misión misionera clásica: la conceptualización negativa del pluralismo religioso. Clásicamente los cristianos han pensado que el pluralismo religioso era malo, contrario a la voluntad de Dios. No provenía de Dios mismo, sino de su «enemigo, que sembró de noche la cizaña», y que por eso mismo debía ser combatido mediante el esfuerzo misionero para convertir a los adeptos de otras religiones (y era algo tan importante que casi cualquier método resultaba válido). La tarea de la misión se completaba asegurando el mantenimiento de las ovejas ya reunidas en el redil, mediante la vigilancia y la violencia (la censura y la Inquisición).

El pluralismo religioso era algo que se daba puramente «de hecho», no «de derecho», no por voluntad de Dios. Era malo, y por tanto era algo a combatir. El combate a ese pluralismo indeseado, el deseo de conseguir que «desde donde sale el sol hasta el ocaso se ofrezca en todo el mundo un mismo sacrificio a tu divina Majestad»³⁵, era uno de los fundamentos teológicos de la misión.

Hoy, afortunadamente, este error teológico está en trance de superación, y también lo está, concomitantemente, ese tipo de misión clásica enemiga del pluralismo religioso.

34 Francisco Javier, lleno de celo por la salvación de los asiáticos que no conocían a Cristo y que -en la teología de Javier- iban a la condenación eterna, emprende un trabajo misionero lleno de celo y urgencia: «En un mes bauticé más de diez mil personas...» (*Cartas y escritos*, Editorial Católica, Madrid 1953, p. 172, donde cuenta en qué consistía la sumaria ceremonia de bautismo. Parece que en una segunda etapa cambió su estilo misionero. En otra parte del mundo, el franciscano Toribio Motolinía informa que hasta 1536 los religiosos de Nueva España (México) habían bautizado cinco millones de indígenas...

35 Cfr. la «Misa para la evangelización de los pueblos» transcrita en la sección de textos antológicos.

Hemos abordado 5 elementos teóricos que estaban en la base de esa práctica misionera histórica que el discernimiento histórico evalúa negativamente. Por motivos de brevedad, no vamos a abordar otros, como podrían ser:

-el deseo de llevar a toda la tierra la redención universal operada por la muerte de Jesús,

-la conciencia del llamado «carácter absoluto del cristianismo»,

-la convicción de que «sólo Cristo salva»,

-una concepción equivocada de lo que es la «Gloria de Dios»...

Como vemos, son fundamentos que están en crisis, a pesar de que algunos intemperadamente proclamen ciegamente la vigencia absoluta de la misión, «como siempre», como si nada hubiera cambiado. Cuando unos fundamentos se quiebran o desaparecen, puede desaparecer también lo que ellos fundamentaban. Esto es lo que hoy está pasando: no la misión, pero sí un tipo de misión, deja de tener fundamento y sentido, y puede y debe desaparecer.

Queremos concluir esta parte con las palabras de Reinholdt Bernhardt, con quien coincidimos: «En esta historia criminal del cristianismo, la responsabilidad recae, precisamente, sobre el conjunto de elementos teóricos que han hecho posible tal prepotencia»³⁶. Las ideas, la teología de la misión, consciente o inconscientemente, fueron las causantes de aquellas prácticas que hoy discernimos como equivocadas, fueron la raíz maléfica que hizo producir malos frutos al árbol de la misión. Y si fue la teología, hoy ha de ser también ella la que sanee esas raíces, para que el árbol produzca frutos buenos.

Hecha esta revisión de la historia de la misión, tanto en su praxis como en su teoría, estamos en condiciones de hacernos las preguntas decisivas:

-¿es necesaria la misión?

-¿qué misión es válida hoy?

D. ¿Es necesaria la misión misionera?

Se puede dar una respuesta en tres niveles distintos.

• NO es necesaria para la salvación de los destinatarios.

Todavía en 1949, el «Santo Oficio» de la Iglesia Católica tenía oficialmente por «infallible» el enunciado de que «fuera de la Iglesia no hay salvación»³⁷, pero simultáneamente le aplicaba las ya aludidas interpretaciones que hacían muy posible la salvación fuera de la Iglesia. Ahora bien, esta

36 H. BERNHARDT, *La pretensión de absolutez del cristianismo*, Desclée, Bilbao 2000, pág. 315-316.

37 Carta del Santo Oficio al arzobispo de Boston; cfr. *supra*, nota 29.

salvación que se daba fuera de la Iglesia era tenida como excepción, como anomalía dentro del plan de Dios. Hoy, cuando reconocemos que, más bien, esa salvación extraeclesial es el «camino ordinario de salvación», tenemos que reafirmar con rotundidad que no es ni ha sido cierto nunca que fuera de la Iglesia no hubiera salvación, ni es verdad ni lo ha sido nunca que la misión misionera fuera necesaria para la salvación de los no cristianos.

Valorando y admirando altamente la fe y el heroísmo misionero de tantos hombres y mujeres que, movidos por esa opinión teológica, dedicaron lo mejor de su vida a la evangelización, tenemos que reconocer que no era correcta ni ha sido beneficiosa históricamente. La misión misionera que cree que la salvación ajena depende de ella debe ser abandonada, porque se ubica en una posición teológica que distorsiona gravemente el mensaje cristiano.

- **NO es necesaria para la plenitud de la salvación de los destinatarios.**

Esta negativa se refiere a las posiciones teológicas que aceptan teóricamente que hay salvación fuera de la Iglesia, pero en la práctica la reducen a mínimos inaceptables, al afirmar que la religión de los no cristianos sólo es una «preparación evangélica», una «religión natural», algo llamado ser llevado a plenitud por el cristianismo, pues en realidad su situación salvífica es «gravemente deficitaria». Teóricamente admiten que no sería necesaria la misión para el sí o el no de la salvación, pero sí lo sería para una salvación digna o plena.

A la altura actual de estos tiempos tenemos que afirmar que, salvíficamente hablando, Dios no tiene ni ha tenido nunca aceptación de personas ni de pueblos, que «Dios acepta y acoge a quienquiera que ama y practica la justicia sea de la nación que sea», que en materia de salvación no hay «pueblos elegidos para ser salvadores» de otros «pueblos elegidos para ser dejados en situaciones gravemente deficitarias de salvación». Nadie está en inferioridad sustancial de condiciones de salvación.

También en este caso diremos que la misión misionera que crea que lleva la plenitud de la salvación a unos destinatarios que adolecen de un grave déficit de posibilidades de salvación, se ubica también en una posición teológica que distorsionará gravemente el mensaje cristiano.

- **Sí es necesaria para que unas y otras religiones -también la cristiana- lleguen a la plenitud de la salvación y a la plenitud de su conocimiento.**

La causa está en la dimensión infinita del Misterio de Dios y sus inabarcables riquezas, y en la sobreabundancia de sus manifestaciones. Aunque de su parte Dios se revela y entrega completamente, de nuestra

parte ninguna religión es capaz de acogerlo y recibirlo debidamente. Por otro lado, Dios se ha manifestado tan variada y multiformemente a tantos pueblos que es impensable que una religión pueda acumular en sí misma todo lo que el conjunto de las demás religiones han podido captar de Él. Es impensable que una religión, de hecho, en la práctica, abarque todo el misterio de Dios y no tenga nada que aprender de las otras³⁸.

Según estos principios teóricos, la misión misionera, (toda misión misionera, también la que podríamos recibir nosotros de parte de otras religiones) tiene sentido y es necesaria para la plenitud salvífica tanto de misioneros como de misionados, tanto de una religión como de otra. Esta argumentación avala no sólo la misión clásica (el envío de unos misioneros de una religión a unas comunidades de otra) sino que vale también para el diálogo interreligioso (que puede ser un verdadero intercambio de las diferentes «plenitudes de salvación» de cada religión, sin misioneros ni misionados, sino mediante representantes de las distintas religiones para el intercambio del diálogo religioso. Tal vez hemos llegado a una época en la que mejor que enviar misioneros a otra religión, lo que hay que hacer es provocar que se establezca un diálogo interreligioso entre las dos religiones, un intercambio de dones y experiencias religiosas. Porque ya no se trata de ir a salvar ni a mejorar los déficits salvíficos de nadie, sino de ofrecer y recibir, de compartir y enriquecernos mutuamente con las experiencias religiosas de cada parte.

Con esto estamos diciendo que la misión sigue teniendo sentido, y que sigue siendo válida y hasta necesaria, pero señalando a la vez que estamos hablando de una nueva forma de misión³⁹. Hay una misión que ya no tiene sentido y que tiene que morir, para resucitar en un nuevo tipo de misión. Tal vez para algunos la vieja misión resultará irreconocible en el rostro de la nueva. Otros discutirán si es realmente la misma y si entre ellas hay continuidad verdadera. A nosotros lo que nos parece decisivamente importante es que la nueva sea realmente el rostro único que la misión debe revestir hoy y en el inmediato futuro.

E. ¿Qué misión hoy, pues?

- Una misión que acepte sincera y consecuentemente que fuera de la Iglesia hay Salvación, que fuera de ella hay mucha Salvación, y que se trata de una Salvación autónoma e independiente de la Iglesia, en las manos solamente de Dios.

38 Aunque, en teoría pudiera ser cierto en el caso de una religión determinada.

39 Luego, más abajo, concretamos esta forma nueva con más detalle.

- Una misión que se entienda a sí misma sobre fundamentos teológicos nuevos. Que lleve un mensaje religioso enteramente reconstruido sobre un paradigma nuevo. Que supere el exclusivismo y el inclusivismo que sirvieron de cimientos sobre los que se construyó todo el edificio de la vieja comprensión del cristianismo. Hoy sólo se puede hacer misión aceptable desde una teología pluralista.

- Una misión que no crea ir a un lugar de misión que sea un «vacío soteriológico», un lugar dejado de la mano de Dios, un pueblo marginado del cariño de Dios, no elegido, postergado frente a otros pueblos, o, simplemente, abandonado a sus «creencias», en un grave «déficit salvífico». Que esté convencida de que la Historia de la salvación sobrepasa los límites de su religión y no deja ningún lugar humano sin penetrar con su Gracia. Que logre contemplar la presencia de la Historia de la salvación en ese pueblo, desde siempre, y en plenitud.

- Una misión que no crea que se lleva a cabo en medio de un «vacío ev-angélico», sin una Buena Noticia que Dios ha dado también, de muchas maneras, al pueblo misionado, en otros tiempos⁴⁰, y también ahora. Una misión que busque escuchar la Buena Noticia de ese pueblo, que pida que se le haga el «anuncio» de la Buena Noticia que ese pueblo puede comunicarle, y que lo acoja reverente y fructuosamente. Que valore la revelación de Dios a las otras religiones y concretamente al pueblo al que es enviada. Que no mire las Sagradas Escrituras de este pueblo como «literatura religiosa» muy venerable, sino como verdadera Palabra de Dios, de Aquel que habla y sopla donde quiere y como quiere.

- Una misión que tenga un supremo cuidado para distinguir lo que son la fe, la religión y la cultura, para no confundirlas ni agredirlas ni siquiera involuntariamente. Que trate de conocer, lo mejor posible, la cultura de su pueblo, para asumirla y hacerla propia, inculturándose e inculturando la religión y la fe que desea compartir. Que no imponga «cultura forastera» como Evangelio ni como religión.

- Una misión que no pretenda convertir al otro: ni como objetivo fundamental, ni siquiera como objetivo⁴¹. Que tal como estén planteadas las cosas, la conversión sea una excepción, y que, en todo caso, sea posible una conversión en cualquiera de las dos direcciones. Que, como norma,

40 Heb 1,1.

41 «En la era de las misiones, que coincidió con la era de la conquista del mundo por Occidente, la vocación misionera de la Iglesia se polarizó en la conversión de los no cristianos. En la era del ecumenismo interreligioso, en cambio esta misma vocación deberá centrarse en el testimonio del Reino que no cesa de ir más allá de las fronteras visibles de la Iglesia...» (GEFFRÉ, Claude, *Para un cristianismo mundial*, «Selecciones de teología» 151/38 (1999) 213); ID, *La mission comme dialogue de salut*, citado por F. TEIXEIRA, *Teologia das religiões*, Paulinas, São Paulo 1995, 226). También TEIXEIRA, *ibidem*, p. 227, nota 442.

no espere más conversiones al cristianismo que las que pudieran darse también en sentido contrario. Que la única conversión que se pretenda y se busque sea, realmente, la conversión de todos a Dios y a su voluntad, yendo hacia Él todos «por los muchos caminos de Dios»⁴².

- Una misión que esté movida también por un sincero deseo de encontrar, conocer y acoger la religión del otro, y de «inreligionarse»⁴³ en ella: aceptar y descubrir con gozo la capacidad de la otra religión para mediar en la propia relación con el misterio de Dios. Que el objetivo de la misión sea «el recíproco enriquecimiento y la comunión en el espíritu con los miembros de otras fes»⁴⁴.

- Una misión que no vaya a dar verticalmente, de arriba abajo (paternalista, de fuerte a débil, de colonizadores a colonizados, de personas cultas a pueblos incultos, de instituciones con derroche de medios a comunidades pobres, de los que tienen la salvación a los que no la tienen...), sino que sea horizontal bidireccional: entre iguales, entre religiones de igual dignidad, no sólo para dar sino para recibir también, donde ninguna de las partes tenga los grandes prejuicios de autosuficiencia que imposibilitan el diálogo⁴⁵...

- Una misión que no pretenda servir ante todo a la religión y a sus instituciones o Iglesias, sino a la Vida (que incluye a la religión pero la supera). Que no quiera tanto hacer iglesia... cuanto construir el Reino en el Mundo y en la Historia. La principal forma de misión misionera siguen siendo el ejercicio de la gran misión de las religiones: la utopía del Reino, que comienza con el cuidado y la potenciación de la Vida. Así, la misión misionera se inscribirá dentro mismo y en relación directa con la gran misión de las religiones.

42 Podríamos tomar el ejemplo de Swami Vivekananda dirigiéndose al Parlamento mundial de las religiones: «¿Quiero quizá que los cristianos se hagan hindúes? Dios me libre. ¿Tal vez deseo que los hindúes o budistas se hagan cristianos? No lo quiera Dios. El cristiano no debe hacerse hindú o budista, ni el hindú o el budista deben hacerse cristianos. Cada uno de ellos debe asimilar a los otros y a la vez preservar la propia individualidad y crecer». BARROWS, J.H., *The World's Parliament of Religions*, vol I, Publishing Co., Chicago 1983, 170.

43 TORRES QUEIRUGA, A., *Cristianismo y religiones: «Inreligionación» y cristianismo asimétrico*, «Sal Terrae» 997 (enero 1997) 3-19; (RELAT 241).

44 J. DUPUIS, *Diálogo inter-religioso*, en *Diccionario de Teología Fundamental*, Vozes/Santuário, 1994, p. 232-234.

45 «Cuando uno de los interlocutores en el diálogo insiste -por más cortés y delicadamente que lo haga, en que es él quien posee la normativa y la última palabra, tal diálogo sólo puede terminar como el del gato y el ratón»: KNITTER, P., *La teología de las religiones en el pensamiento católico*, «Concilium» 203 (enero 1986) 128. «Si el cristianismo es la verdad definitiva, la revelación absoluta de Dios a la humanidad, sólo queda un camino para las demás religiones: convertirse al cristianismo. De hecho, estamos ante un diálogo entre el elefante y el ratón»: Henri MAURIER, *Théologie des religions non chrétiennes*, «Lumen Vitae» 31 (1976) 89.

- Una misión en la que el anuncio de Jesucristo sólo sea la mitad del proceso, siendo la otra mitad la recepción del anuncio que la otra religión debe hacernos a los cristianos para compartir sus riquezas.

- Una misión decidida a inculturarse y a inreligionarse.

¿Estamos soñando demasiado? No más que lo que el Evangelio sueña. Algunos dirán que esto es utópico e imposible. Respondemos: no más que el Evangelio mismo. Este modelo de misión lo sentimos como lo que hoy nos pide el Evangelio, a la altura de la perspectiva histórica y teológica que hemos alcanzado.

Es cierto que dar un paso hacia este tipo de misión significaría una conversión arriesgada: abandonar todo proselitismo, dejar de creer en la fuerza, renunciar al despliegue de medios en la misión... Implicaría optar por la calidad y arriesgarse a perder número⁴⁶. Tal vez, al menos por algún tiempo, la actitud a tomar sea la que sugería Bonhoeffer:

«Nuestra Iglesia, que en estos años ha luchado sólo por su propia supervivencia, como si ella fuese su propio fin, es incapaz de ser portadora, para los seres humanos y para el mundo, de la palabra que reconcilia y redime. Por eso, las palabras de otro tiempo deben enmudecer, y nuestro ser cristiano consistirá sólo en dos cosas: orar y practicar la justicia»⁴⁷.

F. La misión en Asia: un fracaso aleccionador

Después de cuatro siglos de esfuerzos misioneros, la presencia del cristianismo en Asia es cuantitativa y cualitativamente minoritaria: un escaso 2% de las masas del Continente, teniendo en cuenta que una mitad larga de esta población cristiana está en Filipinas, país que en su proceso de cristianización se vio obligado a perder sus raíces asiáticas. Asia como conjunto ha rechazado el cristianismo, secularmente. Es común hablar del fracaso histórico del cristianismo en Asia⁴⁸. La Iglesias que hay en Asia son

46 La magnitud cuantitativa de las iglesias cristianas hoy existentes, se debe, en buena parte, a que en los siglos en que se formó históricamente la cristiandad, hubo una negación sistemática de los derechos fundamentales de libertad de conciencia y de religión. A mantener una situación de inflación del número estadístico de católicos contribuye la costumbre (reforzada por el código de derecho canónico) de bautizar a los niños en la primera infancia. Por tanto, la disminución numérica de los cristianos no es un problema fundamental. El problema es mejorar la calidad. XIX Congreso de Teología de Madrid (9-12 sept 1999): El cristianismo ante el siglo XXI.

47 *Letters and Papers from the Prison* (The Enlarged Edition), SCM Press, London 1971, p. 300.

48 Autorizadas voces anuncian que tal fracaso continuará: «Asia, como lo indican claramente las circunstancias, siempre será un continente no-cristiano». Aloysius PIERIS, *El rostro asiático de Cristo*, Sígueme, Salamanca 1988, 52. No piensa lo mismo el Papa Juan Pablo II, que en la *Ecclesia in América*, augura que el tercer milenio será el de la gran cosecha cristiana en este vasto continente (nº 1). En la Comisión para América

Iglesia «en» Asia, no «de» Asia; se trata muchas veces de «ramas asiáticas de Iglesias locales de Roma, Inglaterra...»⁴⁹.

El cristianismo ha sido rechazado en Asia, no sólo porque no se inculturó, sino porque tampoco se «inreligionó». No se inculturó, como sí hizo en Europa, donde asumió la cultura romana y la filosofía griega. No se inreligionó, como hizo por ejemplo el budismo en Asia, que una vez fuera de su ambiente originario, se transformó a sí mismo asumiendo la religiosidad de los lugares a los que fue trasladado.

En América, el cristianismo ni se inculturó ni se inreligionó: simplemente invadió, se implantó, y completó, con la «conquista espiritual», la conquista material que llevaron a cabo los imperios cristianos. Desplazó a las religiones aborígenes, las persiguió y erradicó⁵⁰.

En África ocurrió otro tanto, aunque, por ocurrir más tarde, la materialidad de la expansión no fue sobre una conquista pura y dura, sino sobre estructuras colonialistas. ¿Por qué la penetración cristiana que se dio en África no se dio en Asia? Porque en Asia el cristianismo se enfrentó no a religiones cósmicas, sino metacósmicas⁵¹. Por una parte, llegó demasiado tarde⁵²; por otra, se presentó inextricablemente unido con la cultura grecolatina y radicalmente opuesto a toda «inreligionación». Los teólogos asiáticos confirman que esto es lo que está en la base del fracaso histórico secular del cristianismo en Asia. ¿Cuáles podrían ser las causas de estas actitudes?

a) Ante todo, la falta de claridad histórica para distinguir entre «fe, cultura y religión». No podemos negar que la clara distinción que hoy vamos adquiriendo entre estos conceptos es un logro de las ciencias hermenéuticas, que apenas estamos comenzando a comprender. Esta falta de claridad ha conllevado el pago de un tributo histórico del que ya nos podemos liberar.

b) Por otra parte, sin duda ha jugado un papel preponderante la exacerbada conciencia de «exclusivismo» que ha caracterizado al cristianismo. Como hemos dicho en lecciones anteriores, todas las religiones se consideran a sí mismas «la religión verdadera», como fruto de un mecanismo espontáneo de las condiciones mismas del conocimiento religioso histórico de la humanidad. Pero ocurre que el cristianismo ha tenido «motivos

Latina, del Vaticano, piensan además que «América Latina es la llamada a reevangelizar Europa y a evangelizar Asia». Cf. Boletín oficial de la Diócesis de Colón-Kuna Yala, 36 (diciembre 2000) 11.

49 *Ibid.*, 74.

50 SILLER, Clodomiro, *El monoteísmo indígena*, en «Teología India», tomo II, Abya Yala, Quito 1994, pág. 94.

51 «Postaxiales», diríamos en el lenguaje de la lección 19ª.

52 Pieris reflexiona largamente sobre la imposibilidad de que una religión metacósmica desplace a otra que ya ha penetrado un grupo humano. ¿Hay sitio para Cristo en Asia?, en «Concilium» 240(abril 1993)55-74.

mayores» para considerarse la religión exclusiva, como por ejemplo, el haberse considerado a sí misma como «la única religión fundada por Dios en persona»⁵³. Ello ha hecho que se haya considerado sagrada en todos y cada uno de sus elementos, intocable en sus fórmulas dogmáticas (aun pertenecientes claramente a la cultura grecolatina), imposible de ser «contaminada» por elementos «paganos» de otras religiones.

c) Pero, sin duda, también podemos identificar como una de las causas, tal vez subconsciente, su interés sociológico como institución. La religión, sobre todo cuando toma forma de «Iglesia», se constituye de hecho en institución sociológica, con su propia «hybris» y «concupiscencia», su afán de dominio y de pervivencia, su autocentramiento, lucha por el poder, por el prestigio, por su propia cohesión y fuerza... Este factor se ha dado sobre todo en el cristianismo católico, que, sabidamente, es la religión del mundo que ha adquirido una mayor dimensión y dinámica institucional sociológica centralizada. Durante siglos la Iglesia católica no ha consentido la más mínima adaptación, inculturación o reinterpretación, manteniendo su unidad doctrinal, teológica y litúrgica como un valor innegociable. Con ello, consciente o inconscientemente, aseguraba su unidad mundial, el sometimiento asiático al centro romano y la cohesión y fuerza de la institución. O eso pretendía.

¿No es esto mismo lo que pretendió Constantino para su imperio al convocar a los obispos al concilio de Nicea y dar origen al proceso de la construcción del dogma cristológico único? Para evitar la ruina del imperio Romano, Constantino no se convirtió, sino que echó mano del cristianismo para sustituir la religión romana, que estaba en franca decadencia, y asegurar con ello la unidad amenazada del imperio. El final del proceso ya lo sabemos: Constantino consiguió reforzar el imperio, logró que el cristianismo se convirtiera en su «religión de estado» y resultó legitimado como el lugarteniente terreno de la autoridad del único Dios y de su Hijo Jesucristo. No fue Constantino quien se convirtió, sino el cristianismo el que se convirtió realmente en una religión imperial, no sólo materialmente, sino formalmente, en cuando que asumió las características imperiales e imperialistas (impositivo, intolerante de toda alteridad, perseguidor de otras religiones, reivindicador de su propia exclusiva, expansionista, conquistador, allanador de culturas, despreciador de religiones...).

Este talante imperial imperial le viene al cristianismo de su propio nacimiento (que se dio realmente en los siglos IV y V, no antes) y es ajeno enteramente al estilo de Jesús de Nazaret. Este talante, que le ha acompañado durante 17 siglos, ¿no es un talante del que aún tiene que convertirse? ¿No es por este talante imperialista (procedente de su con-

53 Cfr. John HICK, *La metáfora del Dios encarnado*, Verbo Divino, Quito 2004.

figuración definitiva en el siglo IV) por lo que ha sido rechazado en los lugares en los que no ha logrado imponerse por la fuerza, por ejemplo en Asia?

¿No será pues que este fracaso histórico del cristianismo en Asia, debidamente analizado, nos revela la necesidad de un cambio?:

-una conversión radical del cristianismo, que signifique un abandono sincero de ese talante imperialista;

-una conversión sincera al pluralismo religioso, es decir, una aceptación convencida del valor de las otras religiones, de la presencia plena de Dios en ellas y por tanto de su carácter de mediaciones del encuentro con Dios;

-un cese de la «misión imperialista», cese de toda actitud misionera que no renuncie a imponer cultura, que no esté revestida de un celoso respeto por la religión del otro, que no renuncie al sueño de conquistar el mundo;

-una renovación total de la misión misionera cristiana conforme al nuevo paradigma que hemos descrito más arriba.

El futuro ya no es la misión clásica, la «conquista espiritual», el dominio del mundo por parte de una institución eclesiástica, el sometimiento de todas las almas a Cristo y el triunfo de la religión cristiana sobre todas las religiones de la tierra. Ese camino se ha revelado teóricamente inviable y, en la práctica está en un *impase* hace tiempo, no sólo en Asia.

El futuro es el diálogo religioso. No como medio ni como estrategia, sino como un valor en sí mismo. Diálogo como apertura del corazón de nuestra religión y como acogida de la religión del otro. Dejando al Espíritu la responsabilidad de llevarnos a donde Él quiera, a donde hoy por hoy no sabemos dónde.

II. Textos antológicos

• No cristianos: en una situación gravemente deficitaria

«Con la venida de Jesucristo Salvador, Dios ha establecido la Iglesia para la salvación de todos los hombres (cf Hch 17, 30-31). Esta verdad de fe no quita nada al hecho de que la Iglesia considera las religiones del mundo con sincero respeto, pero al mismo tiempo excluye esa mentalidad indiferentista ‘marcada por un relativismo religioso que termina por pensar que una religión es tan buena como otra’. Si bien es cierto que los no cristianos pueden recibir la gracia divina, también es cierto que objetivamente se hallan en una situación gravemente deficitaria si se compara con la de aquéllos que, en la Iglesia, tienen la plenitud de los medios salvíficos. (...) La misión *ad gentes*, también en el diálogo interreligioso, «conserva íntegra hoy, como siempre, su fuerza y su necesidad». (...) La Iglesia debe empe-

ñarse primariamente en anunciar a todos los hombres la verdad definitivamente revelada por el Señor, y a proclamar la necesidad de la conversión a Jesucristo y la adhesión a la Iglesia a través del bautismo y los otros sacramentos, para participar plenamente de la comunión con Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo». *Dominus Iesus* 22.

• Alejandro VI autoriza y encomienda simultáneamente la conquista y la misión

«Los habitantes de las citadas islas y tierras creen en un Dios creador que está en el cielo, y parecen bastante aptos para abrazar la fe católica y empaparse de las buenas costumbres... Además se dice que estas tierras están llenas de oro, perfumes y otros muchos objetos preciosos de diverso valor y calidad... Os habéis propuesto [se dirige a los reyes de España] someter a vuestro mandato las tierras e islas citadas con todos sus habitantes, y reducirlas a la fe católica... Con la autoridad del Dios omnipotente que nos ha sido dada a través de Pedro, y con la vicaría de Jesucristo, con plena potestad apostólica, pleno conocimiento y liberalidad, os concedemos y asignamos a perpetuidad (a vosotros y a vuestros herederos) todas esas tierras, con sus dominios, ciudades, castillos, lugares y villas, jurisdicciones y todas sus pertenencias, y os hacemos, constituimos y consideramos señores de ellas, con plena y omnimoda potestad».

Alejandro VI a los Reyes Católicos de España, en la Bula *Inter Coetera* de 4 de mayo de 1493; *Bullarium Romamum* V, 36ss.

• Nicolás V y los paganos

«Los reinos, condados, ducados, principados y otros dominios, tierras, lugares y campos de posesión de los... sarracenos, paganos e infieles y enemigos de Cristo... por la autoridad apostólica os conferimos la plena y libre facultad de invadirlos, conquistarlos, subyugarlos y reducirlos a perpetua servidumbre, así como a quienes en ellos habitan».

Breve *Divino amore communiti*, de Nicolás V a Alfonso rey de Portugal, del 16 de junio de 1452.

• La esclavitud no es una desgracia

«Vuestra esclavitud no es una desgracia; es más bien un gran milagro, porque vuestros padres están en el infierno por toda la eternidad; vosotros en cambio os salvasteis, gracias a la esclavitud».

VIEIRA, Antônio, *Sermão décimo quarto (1633)*, in *Sermões*, vol. 4, tomo 11, nº 6, ed. Ello & Irmão, Porto 1959, p. 301

• La Cámara de comercio del Havre y los misioneros (1904)

«La Cámara de Comercio del Havre...

Considerando que, si se deplora la poca prisa de los franceses por establecerse en esos países lejanos, para establecer allí el comercio y la industria, nuestros misioneros por el contrario no vacilan en expatriarse incluso a los países menos civilizados, en donde hacen apreciar sus doctrinas morales, en cualquier religión a la que pertenezcan...

Considerando que estos misioneros son, al mismo tiempo, verdaderos agentes de propaganda de la idea francesa en esos países, donde por añadidura llevan una preciosa ayuda a nuestros agentes comerciales y diplomáticos, sin poder negarse que esos representantes de nuestra civilización han dado a conocer y amar a Francia desde hace siglos...

Considerando que en el momento actual hay aún religiosos y religiosas francesas que educan a las clases elevadas de Japón, de China y de Siam, en donde son casi los únicos representantes de nuestra lengua, mientras que la enseñanza de la lengua inglesa domina y acabará sustituyendo completamente al francés...

Considerando que con algunos de esos misioneros, habiendo sido disueltas sus congregaciones, desaparecerá ese elemento de influencia francesa en esos países...

Considerando (...) que el fin que buscan dichas asociaciones es llevar la idea francesa, bien a las colonias, bien a los países extranjeros, donde su acción moral colabora con la acción civilizadora de los gobiernos...

Emite el siguiente voto:

Que el gobierno permita a las congregaciones de todas las órdenes y de todas las religiones el reclutamiento en Francia de novicios destinados por la colonización francesa a convertirse en el mundo en propagadores de la idea y de la influencia moral y comercial francesas.»

COMBY, Jean, *La historia de la Iglesia*, Verbo Divino, Estella 1992, 152.

• Misa por la evangelización de los pueblos

Misa aprobada en 1787 para todas las misiones.

Oración colecta. Oh Dios, que quieres que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad. Envía, te lo pedimos, operarios a tu mies y concédeles predicar con toda confianza tu palabra, para que se extienda y sea aceptada, y todos los pueblos te conozcan a ti como único Dios verdadero, y al que nos enviaste Hijo tuyo, Jesucristo Señor nuestro.

Oración sobre las ofrendas. Mira, Señor, el rostro de tu Cristo, que se entregó a la muerte para redimirnos a todos; y haz que por su mediación sea glorificado tu nombre en las naciones desde donde sale el sol hasta el ocaso, y se ofrezca en todo el mundo un mismo sacrificio a tu divina Majestad. Por Jesucristo nuestro Señor.

Oración de poscomunión. Fortalecidos, Señor, por el banquete de nuestra redención, te pedimos que, por este auxilio de salvación eterna, crezca sin cesar en el mundo la fe verdadera. Por Jesucristo nuestro Señor.

III. Actividades recomendadas

- Ponerse en contacto con algún misionero o comunidad misionera y preguntarle sobre sus motivaciones...
- Hacer un «discofórum» sobre la «Missa da terra sem males».
- Leer detenidamente el texto de las oraciones de la misa de la evangelización de los pueblos y hacer un comentario teológico:
 - ¿Exclusivista, inclusivista o pluralista?
 - ¿Contiene alguna valoración (positiva o negativa, explícita o por implicación) de las otras religiones?
 - Comentar estas expresiones suyas: «tu mies», «la fe verdadera», «todos los pueblos te conozcan a ti como Dios verdadero», «al que nos enviaste Hijo tuyo», «que se entregó a la muerte para redimirnos a todos», «se ofrezca en todo el mundo un mismo sacrificio a tu divina Majestad», «el banquete de nuestra redención».
 - Tomar el póster «Todas las religiones son verdaderas. El proselitismo es pecado». Señalar las diferencias y las semejanzas entre misión y proselitismo.

IV. Bibliografía

- AMALADOSS, Michael, *Le Royaume, but de la mission*, en «Spiritus» 36/140 (1995) 302, París.
- BOSCH, David, *Transforming Mission. Paradigm Shifts in Theology of Mission*, Orbis, Maryknoll 1991, ¹²1997.
- BUENO, Eloy, *La Iglesia en la encrucijada de la misión*, Verbo Divino, Estella 1999.
- DE COPPI, Paulo, *Por uma Igreja toda missionária. Breve curso de missiologia*, Paulus, São Paulo ²1994, 189 pp
- GORSKY, Juan, *Bibliografía general, temática y anotada sobre misiología*, en RELaT: servicioskoinonia.org/relat
- PIERIS, A., *Liberación, inculturación, diálogo religioso. Un nuevo paradigma desde Asia*, Verbo Divino 2001.
- PIERIS, Aloysius, *El rostro asiático de Cristo*, Sígueme, Salamanca 1988.
- RELAMI, curso de misiología en internet: www.missiologia.org.br
- SANTOS, Angel, *Teología sistemática de la misión*, Verbo Divino, Estella 1991, con bibliografía exhaustiva.
- SUESS, P., *Queimada e Semeadura. Da conquista espiritual ao descobrimento de uma nova evangelização*, Voces, São Paulo 1988.
- TEIXEIRA, Faustino, *Teologia das religiões. Uma visão panorâmica*, Paulinas, São Paulo 1995, pág. 224-228.
- VIGIL, J.M., *Espiritualidad misionera desde América Latina*, «Misiones Extranjeras» 195 (julio 2003)304-316 Madrid.
- VIGIL, J.M., *Vademecum para el ecumenismo*, «Alternativas» (enero-junio 2004)203-208, Managua.
- VIGIL, JM. (coord.), *La declaración Dominus Iesus a los cinco años*, «Libros Digitales Koinonía», en: servicioskoinonia.org/LibrosDigitales